

# REVISTA DE ANTROPOLOGÍA VISUAL

Número 30 - Santiago, 2022 -1/12 pp.- ISSN 2452-5189



## Seres humanos y animales. Dos modos de mirar a América: mito y ciencia

Emilio Vargas Poblete<sup>1</sup>

**RESUMEN:** Se relacionan dos modelos desde los cuales el sujeto europeo mira a América. En primer lugar, se consideran las expresiones visuales de los primeros exploradores con respecto al hombre americano. Se abordan dos tipos de seres, los cinocéfalos y los acéfalos. Posteriormente, se analizan dos imágenes pertenecientes a las investigaciones científicas del siglo XIX, en donde se expresa un modelo exhaustivo y riguroso bajo la matriz epistemológica de las ciencias modernas. Se contrastan las expresiones que abrevan de la tradición clásica y cristiana medieval y, por otro lado, las imágenes analíticas basadas en lo empírico.

**PALABRAS CLAVE:** mito, paradigma, imagen, epistemología, Nuevo Mundo.

## Human beings and animals. Two ways of looking at America: myth and science

**ABSTRACT:** The purpose of this work is to relate two models of looking towards America by the European subject. In the first place, the visual expressions that the first explorers had with respect to the American man are considered. Two types of beings are addressed, the cynocephalians and the acephalous. Subsequently, two images belonging to the scientific research of the 19<sup>th</sup> century are analysed, where an exhaustive and rigorous model is expressed under the epistemological matrix of modern sciences. The expressions that draw from the classical and medieval Christian tradition are contrasted and, on the other hand, the analytical images based on the empirical.

**KEYWORDS:** myth, paradigm, image, epistemology, New World.

<sup>1</sup> Historiador del arte por la Universidad de Chile. Magíster en Estudios de la Imagen por la Universidad Alberto Hurtado. Candidato a doctor en Estudios Americanos por la Universidad Adolfo Ibáñez. Curador del Museo La Merced. ORCID: 0000-0003-2605-9580. E-mail: emiliov82@gmail.com

El objetivo principal de este trabajo es establecer las diferencias entre dos miradas disímiles con las que desde Europa se miraba hacia América entre su conquista y el siglo XIX. Para llevar a cabo esta comparación abordo dos tipos de imágenes que se produjeron en dos tiempos diferentes. Las cuatro imágenes que trato en este artículo tienen relación con dos visiones que tuvieron como objeto al ser humano americano y a su fauna. La primera mirada se basa en la tradición mítica occidental y de alguna manera se hace parte de un conjunto de mitos y leyendas proveniente de las sagradas escrituras cristianas y de la tradición clásica grecorromana. La segunda mirada se fundamenta en el conocimiento que circulaba en las academias científicas europeas, adoptando como estrategia de acercamiento a su objeto de representación el enfoque analítico, bajo el orden científico. Una mirada carece de las condiciones empíricas, mientras que la otra obedece al régimen de observación riguroso.

La pregunta de investigación que subyace a este trabajo es: ¿cuáles son las diferencias entre los dos modelos que están detrás de las imágenes que representan lo americano? En este sentido, las figuras que analizo son la expresión de dos matrices con diferencias estructurales. Las imágenes no se examinan según los órdenes compositivos ni se explorarán sus componentes internos, sino que servirán para explorar los modelos epistemológicos que hay detrás de cada una de ellas.

Como hipótesis de trabajo propongo que en la primera mirada hacia América al sujeto de este continente se le sustrae su condición humana, lo que se evidencia en dos imágenes en que los americanos carecen de rostro, símbolo de lo racional y reflexivo. En este régimen no hay una clara diferencia entre lo humano y lo animal. En el segundo régimen representacional, las imágenes obedecen a un paradigma científico, para establecer las características fundamentales de lo animal, considerado como objeto de estudio. Esta imagen se obtiene mediante una observación rigurosa y analítica.

El término *paradigma* que utilizo responde a una teorización que no es unívoca, pues dentro de la epistemología múltiples voces problematizan esta noción. No obstante, seguiré las directrices de Thomas Kuhn, quien delimita dicha noción en torno a dos grandes líneas. La primera dice relación con un conjunto de creencias, valores y técnicas que son aglutinantes de una comunidad. La segunda remite a un elemento particular dentro de dicho conjunto, a soluciones concretas frente a un problema que pueden reemplazar normas explícitas como base de la solución de los restantes problemas de la ciencia normal (Kuhn, 2015). "Un paradigma impone la lógica con la que han de operar los discursos y teorías sujetos a él. Un paradigma controla las prácticas, las formas de verificar y las formas experimentar" (Gómez, 2010, pp. 237-238). Los elementos, valores y creencias que conforman un conjunto con un carácter orgánico constituyen un paradigma. En este sentido, relevo el carácter orgánico que define a la noción de paradigma. Es así como los dos modelos a los que aludo representan y son expresión de dos paradigmas aplicados a América; uno, cercano a la tradición de la autoridad de ciertos textos; otro, resuelto en el proceso de investigación científica.

Este escrito está dividido en dos partes. En la primera se aborda la figura del explorador europeo, quien establece los primeros acercamientos al continente americano y porta la tradición cristiana, la cual se intenta "adaptar" al régimen de sujetos del Nuevo Mundo. La segunda parte está dedicada a establecer la posición del explorador europeo que se aproxima a América con un enfoque científico.

## América mítica

En las crónicas, diarios, relaciones y libros de historia de América podemos encontrar muchas adjetivaciones asociadas a los primeros hombres que descubrieron este Nuevo Mundo, a

quienes se les denomina aventureros, pioneros, fanáticos religiosos, codiciosos, leales, valerosos, en fin, cualidades que dependen del enfoque desde donde se posiciona el narrador. Las denominaciones están transidas por una división polar que ha decantado en las llamadas *leyenda negra* y *leyenda rosa*; la primera aúna las características negativas; la segunda conjunta las virtudes que enarbolaban estos pioneros (Mira, 2019; Navascués, 2019). Con respecto a las perspectivas actuales de la emergencia de la leyenda negra, autores españoles como Javier de Navascués y Esteban Mira se refieren a la explicación asociada a la rivalidad entre potencias en expansión. Desde este punto de vista, declaran: "Los enemigos de España inventaron una leyenda. Según ella los españoles encarnaban el mal y la brutalidad, una característica propia del carácter hispano" (Mira, 2019, p. 94). Sin entrar en el debate de esas categorías, a veces condescendientes, otras despiadadas, me atrevo a la figura del conquistador como portador de un signo liminal, es decir, como sujeto que empalma de manera no resuelta sus tradiciones, ya que por un lado se alinea en la tradición europea cristiana y le debe a la religión el eje por el cual se enmarca su visión desde las sagradas escrituras, y por otro, logra asomarse a una incipiente renovación de la razón y al método empírico que se enmarca en el Renacimiento (De Beer y Magasich, 2001). Esto último queda de manifiesto dado que la travesía del descubrimiento de América es posible solo si previamente se ha desarrollado un ámbito técnico que permita a los navegantes sostener un viaje extenso, como cruzar el océano Atlántico, para lo que hizo falta una serie de instrumentos técnicos que posibilitaron el viaje mar adentro. En resumen, el conquistador posee dos miradas: una que interpreta el mundo sobre la base de las santas escrituras y otra que se encarna en un espíritu empírico y racional propio del Renacimiento (De Beer y Magasich, 2001).

El explorador, y en específico el caso representativo de Cristóbal Colón, sostenía un entrecruce de categorías mentales compleja, ya que, de alguna manera, importaba a América una serie de conocimientos que respondían a una tradición clásica que pasó por el tamiz de la Edad Media. En este sentido, sigo la tesis que propone la historiadora chilena Olaya Sanfuentes, quien en su estudio sobre las primeras representaciones del nativo americano establece que el viaje colombino es la última travesía medieval, ya que las categorías mentales medievales trascienden al Renacimiento (2009). En esta línea, el impulso descubridor medieval consistía no solo en conocer cosas nuevas, sino que más bien el gesto estaba fundamentado en reconocer e incorporar lo nuevo al influjo de la tradición determinado por la imaginación y la fe tradicional (Sanfuentes, 2009).

El contacto del europeo con el Nuevo Mundo estuvo condicionado por el régimen epistemológico de las categorías mentales medievales. Es decir, hay dos mecanismos fundamentales mediante los cuales el explorador asumía esta nueva realidad. Primero, asimilar los valores que confirman el imaginario ya existente del sujeto que ve. Por ejemplo, el rinoceronte es un unicornio, un hombre de baja estatura es un pigmeo, un gorila es un hombre primitivo, etc. En segundo término, el contacto con lo diferente es exagerado o mal entendido (Sanfuentes, 2009). Finalmente, cuando el explorador se relaciona con la realidad americana busca reconocerse a sí mismo y acude al *corpus* de sus tradiciones, quiere reafirmar la autoridad de figuras clásicas como Homero o Plinio el Viejo, y, más cercano a su tiempo, reafirmar los contenidos de los textos medievales de Marco Polo y Sir John Mandeville. El influjo de los relatos de viajeros que narraban travesías a Oriente fue enorme y configuró la mentalidad de los primeros exploradores. El mismo Cristóbal Colón estaba imbuido en la lógica de estos relatos y lo que expresa en sus cartas implica "un enorme desplazamiento de lo fantástico medieval, un resurgimiento del fantástico clásico e incluso un fantástico originario" (Mix, 1993, p. 125).

Tal vez es difícil para nosotros, que vivimos en el siglo XXI, entender la relación de los primeros viajeros con respecto a su pasado, ya que el peso de su tradición estaba signado de tal manera

que asumían un valor de autoridad que a nosotros nos puede resultar ajeno o exagerado. Al respecto, se pueden establecer dos razones por las cuales opera una pervivencia del pasado clásico en los exploradores: 1) se califica de *auctoritas* a los venerables escritores del mundo antiguo, como Heródoto, Plinio, Solino, Agustín de Hipona o Isidoro de Sevilla, quienes, a su vez, se hacen eco de relatos anteriores y cuyas opiniones son siempre tenidas en cuenta al abordar el asunto de la teratología; 2) se da mayor credibilidad a unas *mirabilia* que, pese a su inverosimilitud, parecen familiares a causa de su continua presencia en los textos antiguos y medievales. Ambos factores pueden resumirse, sencillamente, en la irrefrenable inercia de las imágenes y textos de la tradición teratológica y mitológica clásica, que se mantendrá con toda intensidad, especialmente asociada a los ámbitos de la cartografía y los relatos de viajes, hasta el siglo XVII (Maestre, Barea y Brea, 1997, p. 2).

Uno de los elementos destacables del imaginario del sujeto conquistador es su cercanía y búsqueda del paraíso terrenal, figura en que se manifiesta su fe religiosa, pero que también se entronca en una tradición mayor que surge en la Grecia clásica, ya que en Hesíodo se plantea una idea del pasado revestido de un aura magnificada (Hesíodo, 2006). Los griegos identificaron la Edad de Oro en un tiempo mítico remoto, anterior a la aparición del ser humano. A medida que el tiempo transcurría y avanzaba, la calificación de los momentos se iba degenerando, iba perdiendo su brillo y decaía ante el contraste con el momento actual del que miraba hacia un pasado glorioso. De esta forma, la Edad de Oro griega mantenía una relación con el paraíso judeocristiano (De Beer y Magasich, 2001). Los conquistadores que llegaron a América buscaban un pasado que creían que se había resguardado en este continente, que, de alguna forma, se pudo mantener aislado de Occidente. Cristóbal Colón en 1502 le manda una carta al papa Alejandro VI en donde le explica: "Creí y creo aquello que creyeron y creen tantos santos y sacros teólogos, que allí en la comarca es el Paraíso Terrenal" (De Beer y Magasich, 2001, p. 21). Se refiere al territorio de las Antillas, que había explorado en sus primeros viajes. Colón de alguna manera busca el Edén en una topografía concreta. Tradicionalmente, en Europa habían localizado el Edén bíblico en Oriente, ya que las mismas escrituras lo señalaban de esa manera. En el libro del Génesis se indica que el Edén está inscrito en ciertas coordenadas poco precisas, pero se lee claramente que se sitúa al este. Por eso, en los primeros viajes de los europeos al continente asiático buscaron el paraíso allí, pero el cambio fundamental de esa búsqueda queda condicionado cuando se descubre el Nuevo Mundo, ya que si el paraíso está situado al este en relación con Jerusalén, eje referencial, el "verdadero" Oriente es América. Es por eso que cobran importancia las características topográficas, zoológicas, herbarias y sociales en América, dado su vínculo con la búsqueda del paraíso terrenal. La etimología de la palabra *Edén* "tiene su origen en el vocablo acadiano *Edinu*, traducido como valle, y el sumerio *Edin*, que significa terreno fértil" (De Beer y Magasich, 2001, p. 24). Es la fertilidad del terreno americano una de las condicionantes más relevantes para los europeos que llegaron por primera vez a conquistar estas tierras.

Cuando los europeos toman conciencia de que el territorio que explora Colón no son las Indias, sino una porción de tierra totalmente desconocida para ellos, buscaron soluciones para explicar la existencia del ser humano autóctono. Los sabios europeos ilustrados propusieron variadas alternativas. Paracelso argumentó que Dios había inventado a un segundo Adán; Isaac de la Peyrère dijo que el hombre americano había sido creado antes que Adán; Pedro Sarmiento de Gamboa explicó que el sujeto americano descende de Ulises; Juan Suárez de Peralta propuso que los americanos son descendientes del hijo maldito de Noé (Sanfuentes, 2009).

Los mitos y los sistemas de creencias de los europeos se trasladan al Nuevo Mundo y ponen en marcha una búsqueda de El Dorado, de la isla de las amazonas, de la fuente de la eterna juventud, del preste Juan, del Edén bíblico. Todo esto da cuenta de que los conquistadores

buscaban confirmar su tradición en América. Su imaginario se superponía al terreno americano, como una grilla que busca acomodarse en el tablero cultural y natural, tratando de ajustar la lógica de las piezas en juego.

Veamos ahora dos representaciones del periodo inicial de la conquista americana. En la Imagen 1 se observa un cinocéfalo, que significa “cabeza de perro”. Literalmente, representa la unión entre una figura humana y la cabeza de un perro. La complejión de su cuerpo no se diferencia del modelo humano, su distinción radica solo en su cabeza. Esta criatura tiene sus raíces en el mundo antiguo, ya que Plinio el Viejo narra que había hombres con cabeza de perro que comían carne humana (Sanfuentes, 2009). De esta forma se establece el vínculo entre este ser y la figura del caníbal, que también se configura en la trasposición al hombre americano, lo que remite a los miedos más atávicos de los europeos, quienes asociaban la antropofagia con las expresiones de una barbaridad extrema.



Imagen 1. Detalle de *Schedel'sche Weltchronik* (hoja XII). Un Incunabulum de Hartmann Schedel, Liber Chronicarum, mostrando un Cynocephalus. 1493.

Cristóbal Colón en sus cartas asegura la existencia de estas criaturas: “Lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comía los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura” (Colón, 1991, p. 116). En este testimonio también queda establecido el nexo entre el cinocéfalo y la voracidad caníbal.

La Imagen 2 corresponde a un acéfalo, raza monstruosa que tiene sus raíces en la tradición antigua. Su característica distintiva es que carece de cabeza, pues sus rasgos faciales están inscritos en el dorso del sujeto, como si en su rostro hubiera operado un desplazamiento que lo “bajara” hacia su pecho. La tradición clásica lo sitúa en África, y Solino, que también se detiene a lo largo de sus descripciones en las maravillas del continente indio, repite las palabras de Plinio: “Hay algunos [hombres] que no tienen cabeza, y tienen los ojos en los hombros” (Maestre, Barea

y Brea, 1997, p. 7). “Además de no tener cabeza, este personaje es la encarnación del mal, en tanto el cuerpo es reflejo del alma, por lo que debía ser considerado dañino o diabólico” (Carreño, 2008, p. 130). Las condiciones concretas del cuerpo están condicionadas por elementos que configuran relaciones. Por ejemplo, desde la Antigüedad se desarrolló una equivalencia entre el lugar, la moral y la apariencia como condicionante (Sanfuentes, 2009). En consecuencia, no es de extrañar que un sujeto con cabeza de perro sea asociado al canibalismo y que el acéfalo tenga tendencias depravadas.



Imagen 2. Grabado de Hulsius que sirve de portada a su transcripción de los viajes de Walter Raleigh en 1601. (Magasich-Airola y De Beer, 2001)

El explorador europeo que se detuvo de forma especial en la figura del acéfalo fue Sir Walter Raleigh, corsario británico que durante el siglo XVI realizó varias expediciones a Guayana en busca de fortuna, particularmente de El Dorado. Como consecuencia de esas expediciones, Raleigh escribió un relato donde conjeturaba sobre la existencia de amazonas y describió a una tribu de hombres llamada “ewaipanoma”, “cuyas cabezas no aparecen sobre sus hombros..., se dice que sus ojos se encuentran en las espaldas del pecho y una larga cola de cabello [crece] hacia atrás entre los hombros” (Flores, 2016, p. 46). El relato de sir Walter Raleigh tuvo mucha influencia en la Europa del siglo XVI, tanto, que Shakespeare, en su obra *Otelo*, menciona a hombres cuyas cabezas crecen bajo los hombros (acto I, escena III).

Tanto el cinocéfalo como el acéfalo son figuras representativas de la expresión del imaginario del explorador que intenta situar una fauna humanoide en el Nuevo Mundo. La complejidad de ambas figuras obedece a las fantasías de una mirada que quiere encontrar la exuberancia de lo natural incluso en los rasgos humanos que limitan con lo animal. Se pone en juego lo liminal, de modo que no está claro dónde termina lo humano y dónde comienza lo bestial bajo las narrativas de lo monstruoso.

La elección de estas dos figuras obedece a la concentración simbólica que opera en la cabeza, pues es un mensaje que realza las adiciones que tradicionalmente se han llevado a cabo en esta parte del cuerpo, altamente relevante por concentrar lo intelectual. En el primer ejemplo, la cabeza humana es sustituida por una perruna, mientras que en el segundo se produce un desplazamiento hacia el cuerpo. Esto es relevante si consideramos que en la cabeza se concentran las capacidades racionales del ser humano y también los rasgos que le otorgan el estado identitario. Nuestra carta de presentación social está en la frontalidad de nuestras cabezas, donde se hacen perceptibles nuestros estados de ánimo y sentimientos, junto a nuestra capacidad reflexiva. A Emmanuel Levinas le preguntaron si los animales tienen rostro. El filósofo respondió que podemos entender el rostro animal y por eso tienen rostro, pero solo bajo el concurso del vínculo que podemos establecer con ellos. Pero también aclara que no está seguro de si la serpiente tiene cara, y posterga esa respuesta ya que habría que hacer un examen exhaustivo. Él piensa en los perros como el animal por antonomasia (Clark, 1996), lo que indica que solo algunos animales tienen rostro, ya que lo tienen en la medida en que nos expresa algo, en que establece un vínculo con ese otro no humano. Para Levinas, los perros tienen rostro porque los podemos "entender", son expresivos, no así los reptiles, que tienen ojos y boca, pero no nos expresan nada.

De esta forma, se aprecia una distinción entre lo biológico y lo ético. Un perro y una serpiente tienen cabeza y órganos faciales, pero solo el primero tiene rostro, ya que puede expresarse y generar un vínculo. En las Imágenes 1 y 2 se expresa una condición biológica similar al ejemplo del perro y la serpiente, toda vez que el cinocéfalo y el acéfalo tienen órganos vinculados al rostro, pero están disminuidos por su connotación ética. En sus cabezas operan significados condicionados por su significante radicalmente extraño.

### Ciencia europea en América

Hemos visto que las expresiones gráficas que los europeos desarrollaron al descubrir el Nuevo Mundo tenían indicadores de fantasía debido al desplazamiento de sus sistemas de creencias a estos territorios, de modo que sus mitos medievales y grecolatinos buscaban adaptarse a las condiciones de América. Pues bien, luego del periodo de conquista, signado por los hitos del derribo de los grandes imperios americanos (primera mitad del siglo XVI), se comienza a asentar un régimen colonial español, en donde se dispusieron exploraciones de otro tipo. Desde el siglo XVIII en adelante los exploradores que viajaron a América trabajaban en el marco de la ciencia moderna, usando una metodología empírica y un *corpus* epistemológico analítico. Esos científicos se formaban en las academias europeas y viajaban con el fin de clasificar, analizar, diseccionar y, finalmente, entender las variantes de la flora y fauna de América.

Las primeras exploraciones de Colón se generan bajo un impulso inicial equívoco, pues confundían a América con Oriente. Los viajes sucesivos, durante el siglo XVI, respondieron a un proceso de descubrimiento, colonización, evangelización y explotación comercial, lo cual hace de este proceso un conjunto complejo. En ese contexto, las tradiciones de carácter clásico y

medieval se adaptaban a los nuevos territorios. A medida que transcurría el tiempo, los avances exploratorios iban dejando poco espacio para la fantasía y se comenzó a aceptar que no había paraíso terrenal, fuente de la juventud, El Dorado, etc. En este sentido, la exploración del territorio americano, de su fauna, de su flora y del paisaje humano, tenía que buscar nuevas estrategias. El giro estaba en razón de un cambio mayor, ya que la modernidad establece los criterios con los cuales el ser humano se relaciona con su entorno. Luego del Renacimiento, el mundo estaba sujeto al dominio epistemológico de las coordenadas cartesianas. Al mundo se lo analiza, se lo investiga, se lo disecciona. En este sentido, luego de la conquista los europeos establecieron otro vínculo con el territorio. Se deja la fantasía, ya que los escritores clásicos dejan de ser percibidos como autoridad. Ahora la nueva autoridad está representada por el proceso de experimentación, por observar con rigor, por someter a examen exhaustivo lo que se le presenta al científico.

Si los primeros conquistadores “traían” un bagaje mitológico y legendario, los exploradores científicos posteriores también tenían la tarea de adaptar sus nociones ideológicas a estas tierras, ya que el repertorio teórico de la ciencia moderna conserva elementos que no son “naturales”, sino que obedecen a un sistema de ideas con perspectivas de aplicabilidad al medio. O sea, la metodología científica también posee un carácter convencional no declarado. Y el grado de adaptabilidad queda manifiesto, por ejemplo, en las consecuencias de la recopilación de Charles Darwin en su viaje por América (primera mitad del siglo XIX). Sus investigaciones, que cristalizaron en la teoría de la selección de especies, son fruto del contraste entre sus concepciones metodológicas de las academias europeas y el cotejo empírico de seres que encontró en este continente.

Un caso ejemplar de la figura del naturalista viajero es el del científico alemán Alexander Von Humboldt, quien en 1799 arriba a Sudamérica. En sus investigaciones “comparaba todo lo que veía con lo que había observado y aprendido anteriormente en Europa” (Wulf, 2016, p. 79), de forma que configuraba un esquema dual donde la teoría de Europa era sometida a la práctica del territorio americano. A los pocos meses de su llegada a Sudamérica vivenció un terremoto, hecho inédito en su experiencia. Aquel sismo lo llevó a decir: “Por primera vez debemos desconfiar de un suelo en el que durante tanto tiempo hemos plantado nuestros pies con confianza” (Wulf, 2016, p. 81). Esta descripción grafica la fe inquebrantable que él depositaba sobre la estabilidad de la naturaleza. Recordemos que a Humboldt se lo señala como el primer científico cuyo “concepto de ciencia concebía a la tierra como un todo orgánico, cuyas partes eran independientes entre sí” (Rebok, 2019, p. 119). Sus investigaciones lo llevaron a reflexionar sobre el carácter último de lo natural, con lo cual fue uno de los primeros en proponer un orden planetario que incluía a todos los seres vivos en una red entramada interdependiente. Este planteamiento se vincula con los debates actuales sobre el calentamiento global y la proposición del antropoceno como etapa actual geológica que se distingue por el influjo del ser humano en los cambios planetarios. Al respecto, Clare Colebrook señala: “En lugar de ver el cambio climático como un evento de naturaleza estable, podríamos ver la naturaleza estable como un producto del imaginario europeo que no puede entender un mundo que tiene ritmos y transiciones de una complejidad mayor que el sentido humano del cambio estacional” (2019, p. 11). Esa “naturaleza estable como un producto del imaginario europeo” es lo que se pone en juego en los ejercicios de aplicabilidad con que operan los científicos en América, ya que, como veíamos, Humboldt reacciona a la evidencia de una manifestación telúrica en este continente. Lo que se sacude son los supuestos epistemológicos de las academias europeas, las nociones delimitadas del análisis que intentan acomodarse a este continente. En este hecho opera un cambio de paradigma, una naturaleza estable y fija, presta a ser descubierta, o una naturaleza dúctil, dinámica, cuyos fenómenos aún no entendemos en toda su complejidad.

La empresa científica nunca está desvinculada del ámbito político, y así lo atestiguan los trabajos del científico francés Claudio Gay, que arriba a Chile en 1828 a instancias de Pierre Chapuis, francés que lo convenció de venir a hacer clases. Luego, en 1830, firmó un contrato con el Estado para recorrer Chile con fines descriptivos y científicos, lo cual implicaba levantar toda la información posible sobre una nación incipiente. Las tareas que desarrolló son variadas: examinó las especies naturales mediante la recolección, observó la adaptación de las plantas, fijó con exactitud los puntos geográficos, levantó cartas topográficas, identificó aguas termales, observó el clima e hizo mediciones meteorológicas, midió el magnetismo terrestre, etc. (Sagredo, 2009). El trabajo de Gay “serviría para legitimar la acción de la elite, pero también como cimiento de la cohesión social. Su historia es una muestra elocuente de la estrecha relación entre Estado, ciencia, arte y poder” (Sagredo, 2010, p. 166). “Los científicos que vinieron a América en el siglo XIX terminaron justificando apasionadamente sus existencias, legitimando científicamente su viabilidad económica y social, pero también identificando sus características culturales” (Sagredo, 2009, p. 232).

Veamos ahora las Imágenes 3 y 4. En la primera se representa a un felino (huiña) que habita la cordillera de los Andes. La solución gráfica responde a la claridad científica y no se advierten los trazos, que quedan ocultos en aras de una representación realista, apegada a los rasgos distintivos del animal. No hay excesos ni desperdicios, solo la imagen, que pretende ser la vía directa hacia el conocimiento del felino.



Imagen 3. Huiña. (Gay, 1854, p. 4)

En la Imagen 4 se representa a un ave sudamericana incluida en los trabajos de Claudio Gay. En términos de complejión gráfica, podemos decir lo mismo que de la imagen anterior. Tal vez podemos agregar que el perfil del ave es el más adecuado como postura para identificarla con claridad, ya que quedan exhibidos los rasgos característicos que la determinan.

En estas dos imágenes se expresan, en términos gráficos, las convicciones que subyacen a su elaboración. Buscan representar lo más fielmente posible al sujeto animal, para lo cual lo disponen de la manera en que sea más fácil identificarlo y, por tanto, conocerlo.

Imagen 4: *Loyca*. (Gay, 1854, p. 4)

Las formas de los animales están claramente asentadas como tales, es decir, dan cuenta de la posición científica que las proyecta. En este sentido, la reflexión hacia lo animal siempre se lleva a cabo desde lo humano que piensa al animal, por lo tanto, siempre hay una posición epistemológica que trasunta la relación hombre-animal. Esto se ve en estas dos imágenes, que representan a dos especies americanas. Estas formas se desprenden del paradigma científico europeo. La relación hombre-animal también posiciona al animal en un contexto determinado, ya que este puede establecer su relación desde la ciudad (mascota), desde el campo (economía familiar), desde el consumo de su carne (producción industrial) o desde lo sagrado (entidad chamánica). En este caso, los dos animales están en su hábitat natural.

Otro aspecto importante de estas dos imágenes es que los animales están separados del sujeto humano. No se confunden, como ocurre en las Imágenes 1 y 2, donde el límite entre lo humano y animal era difuso, pues eran figuras antropoides liminales. En cambio, en las Imágenes 3 y 4 no hay confusión ni fusión, sino que están claramente delimitadas en su ser animal.

## Conclusiones

Las cuatro imágenes revisadas, divididas en dos grupos y pertenecientes a dos momentos diferentes, responden a modelos representacionales disímiles. Más que en la lógica interna de los regímenes representacionales, el análisis se centró en los aparatos epistemológicos que subyacen a esas representaciones, ya que una imagen contiene coordenadas compositivas que interactúan sintácticamente de modo orgánico. No obstante, con sus componentes compositivos implican un saber, un modelo y una posición en el mundo. En este sentido, las cuatro imágenes obedecen a dos maneras mentales de producirlas y que son, en el primer caso, un componente mítico, transido por la fantasía en la línea de la tradición occidental cristiana. Según este modelo, los seres americanos se relacionan con esa tradición que busca reconocer los recursos mitológicos que han sido desplazados hacia este continente. Es decir, los primeros grabados de los conquistadores buscan reafirmar los elementos que configuran su relación con el mundo. En el segundo modelo, en cambio, las imágenes se vinculan con el acervo epistemológico de las academias científicas europeas. De alguna manera, también hay un desplazamiento de un conjunto de saberes de Europa hacia América. Las figuras de la fauna que los exploradores acreditan en América obedecen a una matriz que busca reconocer y delimitar a su objeto de estudio, lo que se logra mediante el ejercicio analítico que la ciencia opera sobre el objeto.

Las diferencias fundamentales entre los dos modelos, mediados por la expresión visual de cada uno, estriban en la claridad del límite que se establece en los dos grupos de imágenes. En el primer enfoque la determinación del ser humano estaba difusa en relación con el ámbito animal. La frontera entre el hombre y el animal no es nítida, más bien es una especie de mixtura, lo que permite pensar que la condición de ser humano como tal es sustraída o puesta en cuestión por el europeo, que ve en la condición humana americana una serie de vías comunicantes con lo animal. En este sentido, es relevante que a las dos figuras se les sustraiga la cabeza, con lo cual se les resta su capacidad reflexiva, intelectual, lo que denota cómo el europeo percibía al sujeto americano.

Otra diferencia entre los grupos de imágenes son las bases empíricas sobre las cuales se obtiene la expresión visual. En el primer caso, el sujeto de estas tierras es representado prescindiendo del dato empírico, ya que las figuras no se obtienen por medio de la observación, sino que son producto de un conjunto de creencias que la tradición occidental establece para asegurar una imagen del nativo americano. En las imágenes que provienen del trabajo científico, las figuras están determinadas por un tipo de observación meticulosa, hay un rigor en la representación que busca dar cuenta de todos los detalles que caracterizan al sujeto animal que se quiere representar. Es decir, son el resultado de una relación eminentemente empírica entre el científico y su objeto.

El gesto que constituye al primer modelo, cercano a los mitos que emanaban del respeto a una tradición sustentada por la autoridad, es mirar hacia el pasado buscando explicaciones para entender lo que se ve, una solución frecuente en las sociedades tradicionales. Es en la modernidad cuando surge un punto de inflexión, ya que la expectativa gira en torno a la búsqueda de lo nuevo, pues lo novedoso es lo que permite sostener un horizonte que va guiando una senda, un camino que se recorre con la expectativa siempre acuciante de esa búsqueda por lo nuevo. Entonces emerge el modelo de la obsolescencia, del deshecho, que no reconoce un valor a lo que ya dejó de ser nuevo y, por lo tanto, atractivo. En este sentido, la retrospectiva implica un conocer y, por lo tanto, un valor. No obstante, fracasa cuando se enfrenta a soluciones prácticas, ya que no se logran adecuar a las exigencias de un conocimiento exhaustivo y riguroso acorde a los parámetros de la ciencia moderna.

## Referencias

- Carreño, G. (2008). El pecado de ser otro. Análisis a algunas representaciones monstruosas del indígena americano (siglos XVI-XVIII). *Revista Chilena de Antropología Visual*, 12, 127-146.
- Clark, D. (1996). *Sobre ser "el último kantiano en la Alemania nazi": Viviendo con animales después de Levinas*. San Diego: Modern Language Association.
- Colebrook, C. (2019). *Siempre hemos sido post-antropoceno: el contrafactual del antropoceno*. Boston: Raiser.
- Colón, C. (1991). *Diario de a bordo*. Edición, traducción y notas de Luis Arranz. Madrid: Caja de Madrid.
- De Beer, J. M., y Magasich, J. (2001) *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Santiago: Lom.
- Flores, M. (2016). *Los monstruos en el nuevo mundo*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Gay, C. (1854). *Atlas de la historia física y política de Chile* (tomo II). París: Imprenta de E. Thunot y C<sup>a</sup>.
- Gómez, R. (2010). De las nociones de paradigma, episteme y obstáculo epistemológico. *Co-herencia*, 7(12).
- Hesíodo (2006). *Teogonía*. Madrid: Gredos.
- Kuhn, T. (2015). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Maestre, J. M., Barea, J., y Brea, L. (eds.). (1997). *Humanismo y pervivencia del mundo clásico*. Cádiz: Universidad de Extremadura.
- Mira, E. (2019). La leyenda negra: Mito y realidad en la conquista de América. Madrid: IX Jornadas de Historia José Antonio Soler Díaz-Cacho. *Revista de estudios del MUVI*, 12.
- Mix, R. (1993). Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista? *América Latina, palabra, literatura e cultura* (vol. I). Sao Paulo: Campines.
- Navascués, J. (2019). *Las dos leyendas sobre la conquista de América: ¿imperofilia o genocidio?* Navarra: Ediciones Universidad de Navarra.
- Rebok, S. (2019). *Humboldt y Jefferson. Una amistad trasatlántica de la Ilustración*. Santiago: Ediciones Biblioteca Nacional de Chile. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Sagredo, R. (2009). *Geografía y nación. Claudio Gay y la primera representación cartográfica de Chile*. Proyecto FONDECYT N°. 1051016.
- (ed.). (2010) *Ciencia-mundo. Orden republicano, arte y nación en América*. Santiago: Universitaria.
- Sanfuentes, O. (2009). *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso*. Santiago: Ediciones Universidad Católica.
- Wulf, A. (2016). *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander Von Humboldt*. Madrid: Taurus.